

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 115 —BARCELONA 4 DE JULIO DE 1916



Una posición atrincherada, conquistada por los austriacos en el frente italiano

## CRONICA INTERNACIONAL

I. La crisis italiana. —II. Las conferencias de carácter económico. —III. La famosa «sesión secreta». —IV. Los beligerantes y la paz

### I.—La crisis italiana

Cuando las cosas tomaron mal cariz para Francia, el Ministerio de partido fué substituído por un Gobierno nacional; lo mismo ocurrió en Inglaterra, y varias veces ha dado el mismo espectáculo Rusia. Nada tendría, pues, de particular que en un caso análogo Italia haya adoptado la misma medida. Hay una diferencia, sin embargo. Cuando en Francia se estableció el Gobierno nacional, y mucho tiempo después, el país estaba unánimemente inclinado a proseguir la guerra hasta el fin, y como habían desaparecido, en lo que atañe a este primordial problema, las discrepancias entre los partidos y los matices meramente políticos, la lógica y las conveniencias exigían que la opinión entera estuviese representada en el Gobierno. Este fué también el caso de Inglaterra. Mientras que en Italia ha habido y hay una fuerte corriente de opinión que condena la guerra y desea terminar pronto el conflicto.

De esta suerte, en tanto que en Francia e Inglaterra el cambio de Ministerio sólo tuvo por objeto

dar más autoridad al Gobierno, robustecerlo, en Italia lo ocurrido es que la Cámara ha derribado a un Gobierno, por estimar equivocada su actuación; y como ningún partido ha querido hacerse solidario de lo que pudiera ocurrir, y ninguno tampoco se ha atrevido a marchar resueltamente hacia la paz, se ha diluído la responsabilidad entre todos, surgiendo un Ministerio que, antes que nacional, es eminentemente político.

La crisis ha dado lugar a que los partidarios de la paz hicieran más clara ostentación de sus ideas; que los más belicosos manifestaran su desagrado por los escasos resultados militares obtenidos; y que las tendencias medias se capacitaran de los peligros que en todo momento pueden desatarse sobre el reino italiano. La última crisis, en una palabra, es un síntoma notorio de debilidad, una prueba de cuán artificioso fué el movimiento de opinión que en mayo del pasado año impulsó a Italia a intervenir en la guerra.

Este estado de cosas ha restado fuerza moral a los italianos ante sus aliados; porque así como Rusia y



Francia, y en cierto modo Inglaterra, luchan por necesidad, Italia pelea por conveniencia, y esta conveniencia la puede mover a cualquier hora en un sentido poco favorable al interés general de la alianza. Se han reavivado al mismo tiempo las discordias y disensiones interiores, que no presagian nada bueno si la situación militar se agravase.

El resultado de la ofensiva austriaca ha sido principalmente éste: aislar a Italia. Ésta se había ya en cierto modo separado de las demás Potencias desde que se negó a apoyar a serbios y montenegrinos, procuró quedarse con el litoral de Albania y no quiso cooperar en la empresa de Gallípoli, ni en la de Salónica, ni en la campaña de Verdun. El Gobierno de Salandra limitó sus objetivos a los puramente italianos; por no haberlos servido con suficiente provecho, el Parlamento le derrotó, y se ha formado el nuevo Ministerio de concentración. La consecuencia es que Italia está, *in mente*, fuera de la alianza, y sus amigos sólo contarán con ella en lo que pueda beneficiarles y serles útil. Como compadres interesados en un negocio, seguirán fingiéndose amistad y cordialidad; pero Italia ha dado un gran paso hacia su aislamiento, cuyas consecuencias no se patentizarán por completo hasta después de la paz.

Y no falta razón a los aliados. El ejército italiano no ha distraído un solo soldado alemán del frente oriental ni del occidental. La nación se mueve exclusivamente por objetivos particulares. No hay unidad de opinión. Los partidos se acusan los unos a los otros... Si esto ha ocurrido por el simple efecto de una victoria local de los austriacos, sin trascendencia en el resto del frente, ¿qué acontecerá si Austria prosigue su fuerte empuje? No serán, no, los franceses, ni tampoco los rusos, quienes se sacrifiquen por salvar a Italia. Ésta ha dado a la alianza menos de lo que de ella espera y desea; no tendrá derecho a lamentarse si a la postre es la que queda peor parada. La culpa recaerá sobre ella misma.

## II.—Las conferencias de carácter económico

Seis meses llevan cacareando los aliados sobre los acuerdos económicos que han de conducir a la muerte de los Imperios centrales. Es jocoso, por no decir bufo, lo que en este asunto está pasando. No pueden derrotar a los germanos y pretenden vencerles luego con tarifas de aduanas, tratados de comercio, convenios... Cuiden de no resultar vencidos, porque si Alemania les sienta el pie en el cuello, esos proyectos, reflejo de un odio impotente, no servirán más que para que se les apriete fuertemente el dogal. Dijimos en otra ocasión que en el fondo este punto sólo interesa a Inglaterra, y lo hemos de repetir ahora.

Pero, mientras los aliados conferencian, hacen viajes, pronuncian discursos y banquetean, los germanos han realizado algo positivo. Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía se encuentran todas en un caso muy parecido, en los conceptos geográfico y político. Independientemente de su voluntad, tienen muchos intereses comunes, les amenazan los mismos peligros, se complementan sus producciones, y sus fronteras—si se rectifica la serbia—las ponen directa e inmediatamente en relación, sin necesidad de cruzar por otro país extraño.

Se ha establecido entre las cuatro un acuerdo, que no se ha hecho público, pero que sin duda se ende- rez a poner a cubierto los intereses de las cuatro naciones, contra las asechanzas y los tratados del grupo de la Entente. Por simple que sea ese acuerdo, sus consecuencias habrán de pesar más en la economía mundial que los ambiciosos y gigantescos planes de los aliados, toda vez que éstos se disgregan en un compuesto heterogéneo, y los imperiales tienen una relativa unidad.

Ha resultado, pues, contraproducente el nuevo esfuerzo de la Cuádruple, formulado la primera vez con un fin principal de intimidación; en lugar de atemorizar a los germanos, les sugirió una idea, que se han apresurado a llevarla a la realidad.

Esos manejos de unos y de otros serían tiempo perdido, puesto que la guerra será quien, al discernir la victoria, imprima las orientaciones económicas que habrán de prevalecer, si en el mundo no hubiera más que beligerantes; a los neutrales nos interesa en grado eminente. Cualquier acuerdo de los aliados quedará en el papel, supuesta la victoria de los imperiales, en lo que a éstos concierne; pero, en cambio, los neutrales quedarán sometidos a lo que estipulen Inglaterra y Francia, con el asentimiento de Italia y Rusia, y las cuatro potencias emplearán el resto de sus energías y la libertad en que les deje el vencedor, para imponerse a los demás países y fundar en los quebrantos de éstos la reconstitución económica de aquellas. El cuadro aún sería más negro en la hipótesis del triunfo de los aliados.

Los más de los pueblos, que son neutrales, ven el peligro, se dan cuenta de su gravedad y se cruzan de brazos. Advierten que cada grupo de beligerantes lucha por el predominio y la supremacía absolutos; saben que el día de la paz los vencedores serán pocos y los vencidos muchísimos; nadie ni nada les impide que se concierten a su vez para hacerse respetar el día de mañana y salvaguardar sus intereses... Cuando tanto se habla de imprevisión, no estaría de más que los neutrales se preguntasen a sí mismos si están libres de pecado. Como si la grandiosidad de la lucha les hubiera privado de la facultad de pensar, se ha borrado de su instinto de conservación y las circunstancias les sorprenderán. Los pueblos no aprenden; son eternamente niños; es doloroso reconocerlo, aunque más dolorosas todavía son las consecuencias: es más cómodo lamentarse y apelar al derecho, cuando ya no es tiempo, que obrar con diligencia y precaverse a costa de un sacrificio mínimo. Y no será chico el que caiga sobre los neutrales, si aliados y germanos se obstinan en que de esas conferencias económicas salga algún acuerdo de carácter práctico.

## III.—La famosa sesión secreta»

El carácter francés no es el más apropiado para guardar un secreto del que participan muchas personas, ni para encerrar entre cuatro paredes los alar- des de ingenio de oradores eminentes. A retazos se irá sabiendo todo lo acontecido en las sesiones se- cretas celebradas por la Cámara de diputados contra el parecer del Gobierno. Pero lo interesante no es precisamente lo que allí se haya dicho, sino los mo- tivos de que se acordara esa sesión, de tendencias



tan peligrosas, que el Gobierno se apresuró a indicar que sería muy conveniente reformar el reglamento, para que las reuniones secretas ni se prodigarán, ni dejara de haber medio de impedir las.

¿Cuál es, en suma, la causa determinante de la sesión secreta? Mucho antes de que los parlamentarios la llevaran a la Cámara, se leía entre líneas en todos los periódicos y era la comida de las conversaciones privadas: un verdadero secreto a voces.

En Verdun se consume la energía de Francia; la sangre francesa corre allí a mares, y allí también desaparecen los proyectiles, los cañones y los medios de guerra, que se fabrican con prodigiosa actividad. En el caso más favorable, la fortaleza no caerá en poder de los alemanes, pero Francia quedará agotada, inutilizado su ejército. Podría aceptarse este triste porvenir si, a la vez, se inutilizara también Alemania, pero ahora ya nadie se forja ilusiones: los proyectiles alemanes están triturando la carne francesa. ¿No sería mejor abandonar Verdun? Puesto que de todos modos Francia marcha al agotamiento ¿no valdría más emprender una operación atrevida, propia de la idiosincrasia francesa, haciendo que colaboraran en ella los ingleses? ¡Por lo menos, se caería con gloria! La situación actual es insostenible. ¿Quién es responsable de ella y quién tiene la culpa de que se persevere en este camino? ¿Es posible que Francia tenga que resignarse, sin intentar un remedio, por desesperado que parezca? Esto es lo que se está dilucidando en la Cámara. Pero no saldrá nada útil del Parlamento, porque ni los discursos, ni las opiniones, ni los consejos, ni los votos colectivos pueden suplir lo que hace falta: una *voluntad*; y esta voluntad es difícil que surja mientras haya tantas personas propensas a residenciarla y a caer sobre ella si la victoria no la acompaña. Es un círculo sin salida: se clama por *el hombre*, al mismo tiempo que se socava el terreno en que podría hacerse firme este hombre. Se quiere la *victoria*, pero no la *acción*; sólo se acepta esta *acción* si la acompaña la *victoria*; de otro modo, no; y ¿quién será capaz de garantizar esa victoria? ¡Nadie! Ni en Francia, ni en Alemania.

Ahora paga Francia las bravuconerías y las fantarronadas de esos literatos y oradores que falsearon la verdad e hicieron creer al pueblo lo que no era posible. Si en lugar de anunciar el triunfo como cosa indudable y de dedicarse a derribar ídolos, hubieran predicado la disciplina, la templanza, la abnegación, la necesidad de someterse, sin restricciones mentales ni volitivas, a la suprema autoridad, otra sería la situación. Aún no se han percatado los franceses de que sus generales se muestran cautos y tímidos, no por miedo al enemigo, sino por el que les inspiran sus compatriotas; y si se han dado cuenta de esta gran verdad ¿cómo calificar la conducta de quienes la olvidan? No se concibe un ejército sin la obediencia absoluta; puesto que en tiempo de guerra el ejército es toda la nación en armas, ¿funcionará bien ese gran conjunto sin someterlo a la más estrecha obediencia?

Por desgracia para los intereses reales de los pueblos, estas verdades se dejan en la confusión, en la penumbra. Es más fácil y ampara cierta clase de intereses atribuir la culpa a personas determinadas, en este caso los generales, a las que se cohibe y encade-

na, aunque las más de las personas obren inconscientemente, con la mejor buena fe. Por eso, lo primero que hay que preparar para el trance duro de una guerra es el pueblo y no el ejército. Inútil que continuemos argumentando, porque cuanto pudiéramos añadir será baldío: a todos nos gusta ser salvadores, a condición de que los responsables, si hay responsabilidad a exigir, sean otros.

#### IV.—Los beligerantes y la paz

Mayores son los sufrimientos que la guerra impone a los Imperios centrales, no obstante lo cual los soportan con más resignación y menos impaciencia: obra de la educación popular. Pero no se crea que en Alemania y Austria no existen deseos vivísimos de que se haga pronto la paz; al contrario, cada día se suspira más por ella. La victoria aplastante, sin distinciones, no se considera muy probable; se admite, sí, una victoria relativa que restañe las heridas y aleje los peligros, mediante un aumento, no muy grande, de territorio, que dificulte los ataques de los vecinos. No se piensa ya en otra campaña decisiva como la de 45 años atrás.

Por llevar la mejor parte en la guerra y por la convicción en su propia fuerza, los germanos se allanarían a una victoria mínima; tal vez mañana, si obtienen nuevos éxitos, se muestren más intransigentes; hoy, no. En cambio, si la suerte les volviera las espaldas en lo que resta de año, la guerra se prolongaría y volvería a enconarse la lucha. Por el momento, los Imperios centrales no son un obstáculo a la paz; la desean como el que más.

La opinión rusa la hubiera firmado ya. Pero en Rusia no prevalece la opinión. Italia tampoco será un obstáculo, sobre todo si encuentra la manera de que al caer el telón no peligre la unidad del reino. Los pequeños beligerantes no pesan en la balanza.

Inglaterra sigue siendo la enemiga mayor de la paz, y, con ella, Francia. Otro día analizaremos los motivos que impulsan a Inglaterra a mantener desnuda la espada; se ha puesto en una situación tal, que no le conviene volver el acero a la vaina. Lo haría si Francia se resignase, y firmara un tratado de alianza con Inglaterra. De lo contrario, la paz, aunque materialmente fuera ventajosa para los británicos, implicaría su inmediata decadencia; los antiguos aliados se le apartarían, se trocarían en rivales y luego enemigos; Grecia, y con ella otros neutrales, entrarían en la esfera de influencia anti-británica, y la poderosa Albión vería por fin lo que es y significa un «espléndido aislamiento» real y positivo.

Hay que volver la vista a los campos de batalla, cuando se piensa en la paz. La derrota de Francia es el acontecimiento, acaso único, que puede precipitarla; porque si la cuestión de las subsistencias estuviera satisfactoriamente solucionada en los Imperios centrales, es muy posible que éstos se limitasen a esperar con las armas preparadas en sus trincheras, y entonces tendríamos meses y meses de guerra. No se encuentran en disposición de batallar otros dos años ni los germanos ni los franceses, aunque por motivos diferentes, lo que hace creer que ambos beligerantes provocarán pronto la decisión. Y cuando el más obstinado incline la cabeza, la fortaleza de



sus aliados se derrumbará como por encanto, y aquel día tendremos la paz. Alemania y Francia van a pronunciar la última palabra en este pleito.

F. LARÍN.

## AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

La reconquista de Galizia narrada por el general Bardolf jefe del Estado Mayor del II Ejército austro-húngaro

(Continuación)

### XV

El general Bardolf prosigue:

El avance de nuestras tropas entre el Vístula y los Cárpatos durante los días del 2 al 7 de mayo tenía que producir un efecto inmediato y decisivo sobre las tropas rusas de los Cárpatos. Y así fué.

La noche del día 5 iniciaron la retirada en la región del Dukla. Cubriendo la retirada quedó sólo frente al III Ejército el grupo de Ejército de Mezö-laborcz. El día 6 logra el ala derecha del Ejército Mackensen, llegando al paso de Dukla, cortar en parte la retirada del enemigo, aniquilándolo y haciendo huir entre los bosques a los supervivientes.

En la parte oriental de los Besquidas oponían los rusos terca resistencia al III ejército, pero, asaltados los puntos de apoyo principales en la tarde del 7, viéronse obligados a desalojar las posiciones. También frente al II ejército cedieron, de tal manera que el 7 por la noche nos encontrábamos en posesión de los pasos de Lupkov y de Uzsok.

El mando ruso requiere a toda prisa todas las fuerzas no indispensables en el resto del frente, así como reservas inmediatas y piensa desde el 8 conseguir hacer frente al adversario y poner una barrera a nuestro avance.

La línea que escogió corre entre el Vístula y el Visloka desde Szezucin, por Rodomysl y Zassov, restableciendo así la continuidad con el frente al Norte del Vístula, que había tenido que retroceder también al E. del Nida. Para ofrecer la mayor resistencia, escogió más al S. para sus posiciones la línea de colinas al E. del Wislok. Los ejércitos que de los Cárpatos retrocedían debían hacerse fuertes en la línea de la Bukovina Baligrod-Terka—al S. del San—y S. de Jablonkawz hasta Ostry.

Con objeto de dar tiempo al grueso de las fuerzas a que se establecieran en sus posiciones, entablaron las tropas de cubierta combates encarnizados. Impidieron así que nuestras tropas encontraran directamente aquellas durante el 7 y el 8. Sólo el centro del Ejército de Mackensen logró este último día arrojar al adversario de sus asientos sobre los montes orientales del Vislok.

El día 9 alcanzan el contacto ambos adversarios en la línea que va del Vislok a Ostry, donde combaten los Ejércitos III y II y el grupo de Ejército de Szurmay que defendía el paso de Uzsok. La lucha se prolonga indecisa con gran violencia. El día 10, por la noche, sin embargo, debieron considerar los rusos que sus posiciones al S. del San eran insostenibles, pues nuestras tropas los arrojaron de sus

puntos de apoyo más importantes, uno tras de otro, y se vieron precisados entre el 10 y el 11 a pasar el río.

Al E. del Vislok, donde, ante el empuje del Ejército Mackensen, se habían visto obligados a desalojar sus trincheras, buscaron asilo en nuevas, construídas en el sector del Stobmica (afluente del Vislok, con desembocadura cerca de Strzyzov). Aquí pudieron sostenerse gracias a los refuerzos importantes que recibieron a tiempo.

Al N. no tuvieron los rusos mejor suerte. Ni entre Visloka y Vislok, ni, menos aún, entre Visloka y Vístula, donde su frente era mucho más débil. El día 11 por la noche se encontraban tanto Mielez como Rzeszov en poder de las alas izquierda y derecha del IV Ejército respectivamente.

También Mackensen rompió de nuevo, a pesar de los esfuerzos del enemigo, la línea del Stobnica, alcanzando el río San, desde Dynov hasta cerca de Sanok.

Al N. del Vístula también habían tenido los rusos que retroceder, guardando siempre la continuidad del frente con los ejércitos del S.

Los días del 12 al 14, convencidos los rusos de la necesidad de buscar una línea más retirada para quizás sostenerse en ella, aceleraron su retirada en tal manera, que los ejércitos austro-alemanes casi en ninguna parte encontraron resistencia seria, por más que sus marchas fueran bastante rápidas.

A la derecha del Vístula sólo presentaron resistencia los rusos en la línea Sandomierz-Rozvador. Nuestras tropas habíanse presentado el 14 frente a Jaroslau, que tomaron el 16 atravesando al mismo tiempo el San. De Jaroslau a Rudnik no quedaba un solo enemigo en la ribera izquierda del río. El ala derecha de Mackensen acercóse al lado N. de la fortaleza de Przemyśl y al occidental de la línea fortificada de Radymno.

Entre tanto el III Ejército había llegado el 14 a Olszany, en el frente occidental de Przemyśl y, después de intentar un asalto a la fortificación Pralkovce de la fortaleza de Przemyśl, vióse en el caso de enterrarse en trincheras, puesto que los cañones de campaña con que contaba no estaban proporcionados a la fortificación. Habíase creído, en efecto, que los rusos entregarían Przemyśl sin defenderla. Quizás lo pensaron un momento los rusos mismos, pero la llegada de nuevas reservas hizo posible la defensa.

El mismo II Ejército se acercó con su centro a la fortaleza, por el lado S., en tanto que su ala derecha se dirigía contra Husakov.

El II Ejército avanzó a la derecha del III sobre Sambor (día 15), hasta la línea rusa en los pantanos del Dnyester.

El Ejército del S. de von Linsingen, y, muy principalmente, el I ejército (Pflanzer-Baltin) en la línea del Pruth, en ofensivas constantes, aunque sin adquirir grande extensión de terreno, habían logrado retener frente a sí una gran cantidad de fuerzas enemigas. De esta manera habían llenado plenamente su cometido.

El número de prisioneros hechos por los ejércitos aliados durante las dos semanas de luchas alcanzaba a 170,000.

\*\*\*



Una pausa era necesaria para esperar la artillería pesada que pudiera luchar contra las fortalezas de Przemyśl y del San hasta el ángulo que forma éste con el Vístula. Caminos, puentes, todo había sido destruido o puesto en estado inutilizable, por los rusos. Había que reconstruirlo todo de nuevo. La pausa duró hasta el 24.

Entre tanto, no se crea que las tropas habían permanecido en espera inactiva. Se había aprovechado el tiempo en asegurar las posiciones de la orilla derecha del San.

Con el día 24 principió Mackensen una nueva ofensiva al E. del San, que le condujo hasta la línea de Laszki y el Wiszina. Su adelanto en dirección Sudoeste hacia la línea Przemyśl-Grodek tuvo que ser suspendido el 27 a causa de los efectos opresivos

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Una medicina de actualidad

(El señor B).—¡Bien, don Subriol! Conque ¿ha sonado la hora de correr?

—Estoy contentísimo. Era ya hora de que reconocieran ustedes el talento de los austriacos.

(El señor A).—¿El talento o las piernas? ¡Vaya con don Subriol! Ayer tan alegre y...

—Y hoy rebosante de gozo. Díganme, díganme ustedes ¿qué dicen los periódicos de nuestras gloriosas, sabias y estratégicas retiradas? Nos envidiarán ¿verdad? No hay para menos.

(El señor B).—¿Bromitas, a estas alturas? No es mala paliza la que han llevado ustedes. ¡Y se burla-



Soldado austriaco delante de las alambradas rusas, protegido por un escudo de acero

de una ofensiva rusa contra el IV Ejército, que obligó a éste a abandonar Sieniawa.

El III Ejército y el ala izquierda del segundo en el frente Husakov-Krukienice dirigió desde el mismo día sus fuerzas hacia la misma vía Przemyśl Medyka. No pudieron, sin embargo, romper el frente ruso, consistente en partes hasta de siete líneas de trincheras, perfectamente fortificadas.

El ejército de Linsingen, así como el de Pflanzer-Baltin se encontraron con la misma resistencia insuperable, así es que hasta el día 31 no alcanzaron ventaja alguna de consideración. Este día cayó, al fin, en su poder Stryj. Desde aquí empezaron los rusos a ceder frente a las fuerzas de von Linsingen. Pero al mismo tiempo operaban una ofensiva contra la extrema ala derecha que los colocó al S. del Pruth abajo de Kolomea.

J. C. GUERRERO.

ban de los rusos! ¿Dudará V. de la victoria de nuestros amigos? ¡Pobres austriacos!

—No han igualado las estratégicas consabidas de los moskovitas, pero algo es algo.

(El señor B).—¡Con estrategias, a estas alturas! Llore V., y no se reprima.

—Vamos a ver ¿qué ha ocurrido? ¿No se hacían ustedes lenguas de aquellas inmortales retiradas y se mofaban del fracaso de los austro-alemanes? Pues, si ahora los austriacos han retrocedido la centésima parte de lo que antes corrieron los hijitos del Czar ¿no tendré yo derecho para resucitar todos aquellos jocosos teatros con que *epataron* ustedes al *bourgeois*? Han fracasado los rusos; y los austriacos son más sabios que nunca, o todo lo que dijeron y escribieron ustedes el año pasado es una burda farsa.

(El señor B).—La prueba de que fracasaron los austro alemanes la tenemos ahora: ni en Rusia, ni en Salónica, ni en Italia, ni en Verdun, ni en...

(El señor A).—¿Se obstinará V. en negar el mérito y la potencia militar de Rusia?

—¡Quien lo dijera! Los cultos italianos agarrados



a la esperanza rusa; los franceses, tan vapuleados en Verdun, consolándose con la posibilidad de que resurja aquel famoso rodillo que había de llegar a Berlín; los serbios, contando los huesos que les quedan sanos, para saber cuántos pueden poner a disposición de los rusos; y hasta el viejo rey Nicolás sintiéndose eslavo en plena Francia. ¡Qué lástima que Rusia esté tan lejos!

(El señor B).—De los ingleses no ha dicho V. nada; me extraña.

—Los ingleses llevan siempre la de perder, cuando se trata de guerra, es claro, porque si de por medio hay negocio no pierden nunca. Cuando combaten rusos, alemanes, italianos, franceses, austriacos, serbios, turcos, búlgaros, belgas, nippones y portugueses, se ha de preguntar: ¿quién ha vencido? Pero cuando intervienen los britanos no hay que preguntar nada: de antemano se sabe quién recibe el cogotazo; cuantos palos se pierden en el mundo van a parar a las mismas espaldas: gloria en Mons, gloria en Gallípoli, gloria en Mesopotamia, gloria en Ipres, gloria en Coronel, gloria en Skager Rak... sic transit gloria mundi. Sólo han triunfado ustedes en Egipto, en Irlanda y en Grecia.

(El señor B).—Hemos sufrido algunos reveses, ni más ni menos que los demás ejércitos...

—Ni en broma se compare V. con ellos. Quien más, quien menos, todos han gozado las mieles de un triunfo más grande o más chico; ustedes cuentan las carreras de baquetas por batallas; por eso es indudable la victoria final. ¡Qué ejemplo tan grandioso de poderío está dando la ex-Gran Bretaña! Mejor la llamaremos la Breñaíta, ¿no le parece a V.?

(El señor B).—La zurra a los austriacos no se la quita nadie, hable V. lo que guste.

—Ustedes, desde luego, no serán los que quiten ninguna zurra, porque allá donde hay britanos bien sabido es quien paga el pato. Y eso que aún no ha llegado su San Martín, pero... llegará, señor B, llegará... no se impaciente V.; póngase desde ahora en oración.

(El señor B).—¡Cuanta bilis trae V. hoy! Y decía V. que no le había conmovido el desastre de los austriacos. Se va V. a poner enfermo, querido don Subrio.

—Nada tendría de extraño. Como no estoy acostumbrado a recibir estos sustos... ¿Cuándo se verán ustedes en otra, terribles guerreros? Digo, si los rusos llegan a saber el secreto que desapareció con el Hampshire, no hubiera quedado títere con cabeza. Hasta en este detalle se les ha puesto a ustedes el santo de espalda. ¡Vaya con los Neptunos de nuestros días! Se les han mojado los papeles. Imitando al Divino Profeta, dicen ustedes que su reino no es de este mundo, sino el de los peces, y cuanto más profundos mejor.

(El señor B).—¿De tan mal humor le han puesto a V. las hecatombes austriacas?

—De un humor completamente británico, o sea de aquel género que en España llamamos «ahí me las den todas»; ese ahí son las robustas espaldas de la grande Albión.

(El señor B).—Oirá V. hablar de Albión, en términos que le harán muy poca gracia.

—¿Gracia o Grecia? ¿Han derrotado ustedes a la escuadra griega? ¿Sigue victoriosa la invasión del

pequeño reino? ¡Qué cosas se les ocurren a los defensores de la libertad y a las suegras del derecho! Ni al demonio se le acude hacer responsables a los griegos de la entrada de los búlgaros en Macedonia; ¿pretendían ustedes que los griegos protegiesen y sacasen las castañas del fuego a los 400.000 hombres de Sarrail? ¡Vaya una ganga que es encontrarse en estos tiempos de cuaresma en Salónica! ¿No es allí donde se halla el mayor olivo del mundo? Ya sé que también en el canal de Suez abundan los olivos.

(El señor B).—No parece sino que en el frente occidental no haya un inmenso ejército británico, que contiene a la flor y lo más numeroso de las tropas alemanas.

—Se da una particularidad. Los corresponsales que visitan los diversos frentes, nos relatan invariablemente escenas de guerra, de horror y de sufrimiento, que ponen los pelos de punta; es natural, porque cuentan lo que han visto. En cambio, los contados que visitan el frente inglés, nos refieren cómo se come allí, describen los recreos y las comodidades que rodean al soldado, el lujo de los servicios de retaguardia, que hay teatros, casinos y cafés, muchos automóviles, bastante dinero, vino a todo pasto, whisky a mares, mares de té, dulces, mermeladas y exquisiteces para dar y regalar... ¡Viva la guerra, señor B! Si por casualidad atacan los alemanes, se escribe otra de las consabidas páginas inmortales, y vuelta a empezar un poco más atrás con el lujo y las diversiones. Eso dicen ustedes que es un esfuerzo supremo y arrollador, cuando no es más que la causa del encarecimiento de los comestibles, bestibles y pelotas de foot-ball.

(El señor A).—Pocas veces han sostenido ustedes una conversación tan amena como la de hoy. Les oigo encantado. ¡Cuánto me complace que dejen ustedes a un lado las estridencias y exageraciones! Siempre deberían ustedes conducirse lo mismo.

(El señor B).—Me parece que no nos ha oído V. bien, porque cabalmente hoy, don Subrio y yo nos hemos tirado los platos a la cabeza, y a poco más regañamos.

(El señor A).—Confieso que no he oído palabra mal sonante ni expresión que pueda lastimar. La conversación se ha desenvuelto dentro de la mayor cordialidad.

—Merecido tiene V. este descanso, pobre señor A. Demasiado padece V. con las victorias de Verdun, para que encima vengamos a darle malos ratos. Desahóguese V. un poquitín con las victorias de los rusos y la despreocupación de los britanos, antes de que oiga V. el grito angustioso de: ¡sálvese quien pueda! o a correr tocan y el gran triunfo.

(El señor A).—¿A última hora va V. a agriar las cosas? Siga V. charlando con el señor B, y cónsteles a ustedes que les estoy oyendo con el mayor gusto. Prosigan...

—A mí se me ha concluido la pólvora, señor B; la de V. está tan mojada como sus papeles. ¿De qué hablaremos? ¿Se le ocurre a V. alguna idea?

(El señor B).—¿Del carbón... de la exportación... de la baja de los valores... de los fletes... de las islas que hemos ocupado...? ¡Diga V., señor A!

(El señor A).—Materias prosaicas, sin relación apenas con la guerra... ¡bah!...



—¿De los serbios, los montenegrinos, los bersaglieri...?

(El señor A).—Temas gastados, que ya no interesan a nadie y empiezan a oler mal.

(El señor B).—¿De los preparativos de Portugal? ¿Del presidente Wilson, el humanitario?

(El señor A).—Algo que fuera más de actualidad me agradaría; todo eso está pasado.

—Tengo entendido, señor A, que doce divisiones inglesas van a ser desembarcadas en Francia para enviarlas al frente de Flandes. ¿Sabe V. algo de esto, señor B?

(El señor B).—Es la primera noticia que tengo. La fuente de origen ¿es fidedigna?

—Al mismo tiempo, parece que dos mil cañones y ocho mil ametralladoras, recientemente fabricadas en Inglaterra, apoyarán una ofensiva que, con tres millones de hombres, emprenderán de un momento a otro los ingleses entre Ipres y Arras. Se da como seguro, que ocho millones de rusos, procedentes del Cáucaso, se están incorporando al sector del Duina, y que las reservas italianas... poca cosa, dos millones de soldados... Y también está fuera de duda que el ejército serbio reconstituido, fuerte de 700.000 hombres de 20 a 30 años, será trasladado a la región de Verdun. No sé más noticias.

(El señor A).—¡Interesantísimas! Hoy es un buen día para mí. Creo que dormiré bien.

(El señor B, aparte a don Subrio).—Eso, son fantasías inventadas por V. ¿es cierto o no?

(Don Subrio, aparte al señor B).—Ciertísimo; pero, ya lo ha oído V. Está tan delicado y neurasténico el señor A, que para calmarle hay que recetarle noticiones de ese gran calibre. Y V. no se haga el distraído, porque es V. un maestro en este arte. ¡Así consigue V. tener en la parra al señor A y a sus amigos!

SUBRIO ESCÁPULA

## LA SITUACION ESTRATÉGICA

A pesar de los días transcurridos desde que se publicó el artículo que sigue, conserva todo su interés, por lo que lo transcribimos íntegramente.

Mientras en Verdun van sucediéndose hace semanas los ataques y contraataques sin que de esta terrible lucha pueda deducirse ninguna ventaja estratégica, se ha desarrollado en el Tirol meridional una de las operaciones más interesantes de la guerra, terminando con la ruptura de la posición italiana Arsiero-Asiago. Los austriacos están establecidos en las alturas del N. y en los valles de Arsiero y Asiago, teniendo a retaguardia numerosos fuertes destruidos y al frente, al S. del Val d'Assa y del Posina, unas mesetas que constituyen la última posición montañosa de los italianos, sobre la llanura de Vicenza.

Los italianos sostienen además otra posición, por cierto muy importante, al N. O. de la línea Arsiero-Asiago, la del monte Pasubio con sus contornos. La zona defensiva de este monte ha impedido a los austriacos, hasta ahora, los pasos por la montaña, de

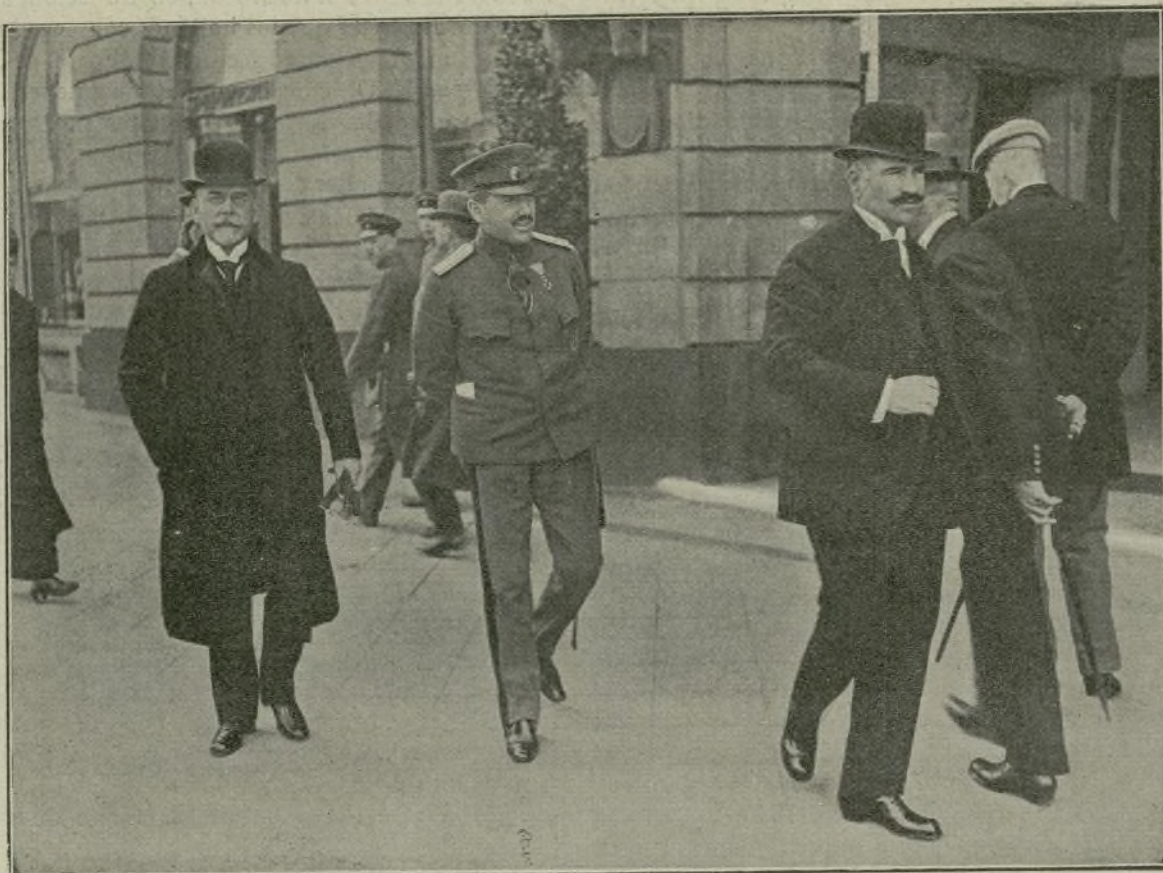
1.200 a 2.000 metros de altitud, en dirección a San Antonio. En tanto que los italianos conserven en su poder el monte Pasubio y el monte Forni su línea ondulará al N. O., constituyendo una amenaza contra el flanco de los austriacos, si éstos pretendieran desembocar por el valle del Posina hacia el S. Para desalojar a los italianos, deberían los austriacos atacar esta zona defensiva por el N. y O. simultáneamente. Por el N., avanzando por Bettale contra el Col di Xomo; por el O., ganando terreno por Chiesa. Pero el Col di Xomo está muy fortificado y además unido por un camino estratégico con el Monte Cogolo. La serie de cúspides Monte Cogolo-Monte Alba-Col di Xomo constituye una posición extraordinariamente fuerte al S. del Posina, y asegura a la vez la línea San Antonio-Valle Signori-Schio hacia el N. También es difícil la aproximación desde el O. Desde Chiesa sube el desfiladero por entre numerosas y confusas cumbres hasta cruzar la frontera, a 1166 metros de altitud. Se defiende este desfiladero por sí solo y hoy está además reforzado con obras y con fuertes-barreras, entre Piano della Fugazza y San Antonio, donde el camino serpentea caprichosamente alrededor de Monte Castelliere. Por consiguiente, consideramos muy fuerte y de extrema importancia la posición que los italianos han ocupado en el monte Pasubio y en Forni Alti, hasta Piano della Fugazza.

El curso de las operaciones depende de lo que ocurra en la zona Pasubio-San Antonio. El mando italiano podrá cómodamente sostenerla o evacuarla, puesto que desde Schio hay excelentes caminos estratégicos que conducen a la misma, los cuales seguramente estarán hoy llenos de numerosos automóviles con las reservas italianas que se transportan al frente.

También hacia el N. O. destaca ramales el nudo de caminos de Schio; así puede cubrirse, rodeando el Monte Cogolo, el espacio al E. de Col di Xomo. También aquí nos encontramos en la zona más meridional de los Alpes, Monte Priafora (1653 metros), a la cual han llegado los austriacos. Al S. del Monte Priafora y al E. del Monte Cogolo, entre las imponentes mesetas del Monte Rovegno y del Tretto, están las fortificaciones de Campedello. Sospechamos que más a retaguardia tendrán los italianos otras posiciones. Hacia el E. se halla limitada esta zona montañosa por el valle de Astach, que corriendo desde Arsiero al S. E., desemboca en Piovene-Chiuppano en la cuenca de Schio. A los austriacos les será casi imposible el avanzar por esta vaguada ancha y cubierta de montículos, mientras los italianos sean dueños del macizo montañoso que acabamos de describir. Para el ofensor sería importante la toma de la línea S. Ubaldo-Velo d' Astico, al S. de Arsiero, puesto que ésta domina los caminos y la vía férrea de Arsiero por Meda hacia Rochette y Piovenne Chiuppano.

La zona de Asiago desemboca hacia el S. en una meseta ampliamente ondulada que está todavía en poder de los italianos, lo mismo que la de Arsiero. Esta meseta se halla al S. de la línea Cesuna-Valstagna. También esta región está cruzada por numerosos caminos que permiten al defensor la aproximación de reservas. Esta es la región de las «Siete Comunas», que está cerrada al N. por el valle del Brenta, el cual





El generalísimo búlgaro Yostov



Un descanso del regimiento de Infantería austriaco n.º 82





El general Wenzel Wurm, Comandante de un cuerpo de ejército austro-húngaro, en el frente italiano



Soldados alemanes roturando los campos detrás del frente francés



presenta al ofensor fuertes obstáculos bajo la forma de escarpados estribos transversales.

Los austriacos, después de conquistar la línea Arsiero-Asiago, se encuentran por lo tanto ante los baluartes naturales de montañas de imponente desarrollo situados como último abrigo delante de la llanura de Vicenza, y coronados con disposiciones defensivas. Cadorna, cuyos partes merecen toda consideración, hace observar con exactitud que domina Arsiero y Asiago desde el S., en donde ocupa las mesetas y cumbres de la última posición montañosa. Interesa mucho a la moral combatiente de los italianos que los austriacos, al reanudar la ofensiva, se vean precisados a abordar estas posiciones de frente. Desde luego, y una vez que hayan asegurado sus comunicaciones a retaguardia, deben los austriacos apoderarse del Monte Pasubio y de las posiciones de flanco anejas al mismo, para ganar terreno en el valle de Sugana, haciendo así adelantar y consolidar su ala izquierda. También el ala derecha necesita una reforma a vanguardia, en el Cogni Sugna, apoyándola con operaciones en el valle de Brand. El ala izquierda ha avanzado. Los italianos han retrocedido en el valle del Brenta en cuanto los austriacos han avanzado al S. E. El frente se extiende aquí hacia los fuertes-barreras del sector Fasto-Cismone.

La ofensiva austriaca, después de catorce días de lucha, ha sido coronada con la toma de Arsiero y Asiago, pero ahora principia la tarea de asegurar estos éxitos. Suponiendo que los italianos, conscientes de lo crítico de su situación, pasen a la contraofensiva, hay que contar con combates inmediatos antes de que el ofensor pueda iniciar nuevas ofensivas. Cuanto mayores reservas acumulen los italianos para restablecer su situación en la zona Arsiero-Asiago, con tanta mayor prontitud se encontrarán en estado de tomar la ofensiva para impedir que los austriacos desemboquen en la cuenca de Schio y desciendan a Vicenza; y tanto más débil será, sin embargo, su situación en el Isonzo donde, por haber retirado reservas, renuncian a la ofensiva, esperando únicamente el choque del enemigo. La posición en línea quebrada del ejército italiano, permite, desde el principio, considerar la ofensiva austriaca en el Tirol meridional como una operación de flanco en grande escala que ejerce imperiosa influencia sobre el conjunto de la situación estratégica. Mientras los austriacos se mantengan en Asiago y Arsiero, estará Italia condenada a la defensiva estratégica y más no habiendo logrado en 1915 llevar su ofensiva más allá de las posiciones avanzadas del defensor de entonces. Esta situación es poco satisfactoria y muy insegura, y en ella no debe permanecer un ejército más que en caso de extrema necesidad. Cadorna, por consiguiente, está obligado a restablecer su posición ejerciendo una ofensiva envolvente por los valles del Adigio y del Ledro y procurando, con el apoyo de la posición del Pasubio, que aún le queda, y la de la meseta Sur de Asiago y Arsiero, desalojar a los austriacos al otro lado del Posina y del Val d'Assa. Si esta operación fracasa, debería proceder a una nueva agrupación de sus ejércitos, suponiendo que no quiera permanecer a la defensiva, esperando la solución de otros teatros de operaciones.

Las luchas de Verdun están impregnadas de un encarnizamiento loco. Según los últimos partes ha avanzado algo la línea alemana de la orilla derecha del Mosa con la toma del bosque de la Caillette. Al parecer, el ataque se efectuó sobre un frente que se extendía hasta Damloup, esto es, concéntricamente, y obtuvo buen resultado en el ala derecha. El bosque de la Caillette, que forma un saliente triangular al S. del fuerte de Douaumont, está por completo en poder de los alemanes, los cuales de este modo pueden batir de flanco con mayor eficacia las obras de Thiaumont, sobre el camino Douaumont-Froi de Terre.

Los franceses, sin embargo, se mantienen al Sur de la Caillette, en el bosque de Chapitre, el cual es fácilmente defendible desde la vaguada comprendida entre el fuerte de Vaux y St. Joseph Fleury. Mientras los franceses se sostengan en este bosque pueden defender las obras de Thiaumont, aunque es probable que lleguen a encontrarse en situación muy comprometida. En la orilla izquierda del Mosa han realizado los franceses enérgicos contraataques para atenuar la presión siempre creciente sobre Chattancourt, conteniendo en el camino al O. de Cumières.

Todos estos combates en el sector de Verdun van sin duda acompañados de gran derramamiento de sangre, siendo aún dudosa la cuestión de si corresponderán por ambas partes a las ventajas que se obtengan. De todas maneras, la acción combatiente en Verdun ha adquirido, en tiempo y espacio, un desarrollo muy superior al que pudieran prever lo mismo el ofensor que el defensor. Y para ambos partidos surge así el peligro de empeñarse sucesivamente con intensidad creciente, poniendo en la empresa más hombres, material y esfuerzos de lo que quizás fuera conveniente.

Parece, sin embargo, que la acción combatiente ha llegado ahora a mayor grado de intensidad, y los síntomas son de que se aproxima la crisis decisiva. Haciéndose sentir de un modo terrible la acción concéntrica de la artillería alemana sobre el semicírculo Esnes-Chattancourt-Bras-obras de Thiaumont-Vaux-Damloup-Eix, será muy difícil la defensa móvil en el interior de esta zona. Si el defensor decide por fin la concentración a retaguardia, tanto tiempo aplazada, logrará esquivar la potente presión y atenderá a consideraciones estratégicas y tácticas, que demuestran cuán costosa es la defensa al N. de Verdun.

Desde el 26 de febrero ha quedado extinguida la importancia de Verdun, como posición para una gran salida estratégica de los franceses.

(De Der Bund, de Berna)

Traducido por el  
MARQUÉS DE ZAYAS  
Coronel de Estado Mayor



## LA CAMPANA NAVAL

## Buques de guerra

## INGLATERRA

N.º	Nombre del buque	Clasificación	Tonels	Fecha	Sitio	Modo	Observaciones
112	E. 7	Submarino	»	16 Sepbre. 15	Dardanelos	Cañón	Apresado
113	Smirna ?	Crucero auxiliar	800	19 — —	Rodas	Torpedo	
114	»	Crucero	»	23 — —	Zeebrugge	Cañón	
115	»	Monitor	»	3 Otbre. —	Ostende	—	
116	»	Crucero auxiliar	»	2 — —	Canal	Submarino	
117	Argyle	Crucero	»	28 — —	C. E. Escocia	Zozobrado	
118	Hythe	Dragaminas	509	— — —	Dardanelos	Mina	
119	N.º 96	Torpedero	800	1 Nvbre. —	Gibraltar	Choque	
120	Woodsfield	Transporte	3.571	3 — —	—	Submarino	
121	Hamazan	—	—	19 Otbre. —	Egeo	—	
122	Tara	Crucero auxiliar	—	4 Nvbre. —	—	—	
123	Irene	Yate C. A.	»	10 — —	Mediterráneo	—	
124	Louis	Destroyer	1.000	10 — —	—	—	
125	E. 20	Submarino	800	13 — —	Mármara	Cañón	
126	Prince Abbas	Cañonero	250	6 — —	Mediterráneo	Submarino	
127	Menefi	—	300	6 — —	—	—	
128	Abdulhonom	—	800	30 — —	Doggerbank	Mina	
129	Fervent	Torpedero	500	1 Dcbre. —	Tigris	Apresado	
130	Kawedjurt	Cañonero	500	— — —	—	—	
131	Fisikl	—	—	— — —	—	—	
132	Bajano	Crucero auxiliar	»	11 Marzo. —	Mar del Norte	Submarino	
133	Natal	Acorazado	13.550	1 Dcbre. —	?	Explosión	
134	E. 17 *	Submarino	»	6 Enero. 16	I. Taxel	Por averías	
135	King Edward VII	Acorazado	16.500	9 — —	»	Mina	
136	Sanda	Crucero auxiliar	»	19 Nvbre. 15	Costa belga	Cañón	
137	Great Hearth	—	»	— — —	—	Mina	
138	Brighton Queen	Dragador	»	— — —	—	—	
139	»	Crucero	»	— — —	—	Torpedo	
140	»	—	»	— — —	—	—	
141	E. N.º »	Submarino	»	20 Enero 16	Costa holandesa	Naufragio	
142	H. 6	—	800?	25 — —	—	Varado	
143	Arabis	Crucero	3.500?	12 — —	Mar del Norte C.	Torpedo	
144	Arethusa *	—	3.520	14 — —	C. E. inglesa	Mina	
145	»	—	4.000	12 — —	Dogger	Torpedo	
146	Vicking	Cazatorpedero	1.000	7 — —	Boulogne	—	
147	Murray	Contratorpedero	1.000	8 Febro. —	Húmbre	Mina	
148	N.º 2	Torpedero	1.000	— — —	—	—	
149	Coquett	Contratorpedero	330	10 — —	Mar del Norte	—	
150	N.º 11 *	Torpedero	225	— — —	—	—	
151	Fauvette	Crucero auxiliar	»	12 — —	C. Oriental	—	
152	Medusa	Destroyer	1.000	24 Marzo —	Mar del Norte	Cañón Zep.?	
153	Minneápolis	Transporte guerra	»	23 — —	Mediterráneo	Torpedo	
154	»	Crucero	9.950	29 Febro. —	Orcadas	Mina	
155	N.º 22	Submarino	»	26 Abril —	Mar del Norte	A pique	
156	Rússel	Acorazado	14.200	28 — —	Mediterráneo	Mina	
157	»	Destroyer	1.000	25 — —	Mar del Norte	Cañón	
158	»	Explorador	2.000?	25 — —	—	—	
159	King Stephens	—	»	25 — —	—	—	Trip. apresada
160	N.º »	Monitor	1.000	14 — —	Esmirna	—	
161	N.º »	Destroyer	800	22 Mayo —	Costa belga	Bomba aer.	
162	Warspite	Dreadnought	28.850	31 — —	Skágger Rack	Cañón	
163	Queen Mary	—	27.500	— — —	—	—	F. de C.
164	Indefatigable	Acorazado	18.750	— — —	—	—	1.200 hombres
165	Tourbillon *	Cazatorpedero	1.000	— — —	—	—	1.020 —
166	Néstor	—	—	— — —	—	—	900 —
167	Lancaster	Crucero	9.950	— — —	—	—	» —
168	N.º »	Submarino	»	— — —	—	—	540 —
169	Marlborough	Superdreadnought	28.000	— — —	—	—	» —
170	Invincible	Acorazado	17.450	— — —	—	—	1.200 —
171	Defence	Crucero	14.800	— — —	—	—	900 —
172	Blakprince	—	13.700	— — —	—	—	800 —
173	Warrior	Acorazado	13.750	— — —	—	—	700 —
174	Ardent	Destroyer	920	— — —	—	—	—
175	Saparrowhawk	—	950	— — —	—	—	—
176	Tipperary	—	—	— — —	—	—	—
177	Turbulent *	—	—	— — —	—	—	—
178	Nomand	—	—	— — —	—	—	—
179	Shack	—	—	— — —	—	—	—
180	Acasta	—	920	— — —	—	—	—
181	Fortune	—	—	— — —	—	—	—
182	Princess Royal	Dreadnought	26.370	— — —	—	—	—
183	Birmingham	Crucero	5.000*	— — —	—	—	—
184	Acusta *	—	—	— — —	—	—	—
185	Hampshire	Acorazado	10.850	5 Junio —	Orcadas	Mina *	
186	Euryalos	Crucero	»	1 Mayo —	Húmbre	Torpedo	
187	Turk	Destroyer	950	31 — —	Skágger Rack	Cañón	
188	Edén	Contratorpedero	556	17 Junio —	Canal	Choque	

Memoria del vicealmirante Bacon «Gaceta de Londres», 13 de Enero de 1916.

(Internado)

Del tipo «County»

Trip. apresada

F. de C.

1.200 hombres

1.020 —

900 —

» —

» —

540 —

» —

1.200 —

900 —

800 —

700 —

Con Lord Kitchener

(Continuará)



## SOBRE LA GUERRA

**Quincuagésimo jubileo de servicio militar del Mariscal von Hindenburg — Su jefe de Estado Mayor Ludendorff y el jefe de Estado Mayor en General. — La situación militar.**

El 7 de abril festejó el General en jefe del ejército alemán del N. en el teatro oriental de la guerra el quincuagésimo aniversario de su entrada al servicio de las armas. Y con él festejó el día todo el pueblo alemán, como un homenaje a su gran mariscal, el más popular, la personalidad más saliente, aquí como en el extranjero, entre todos los jefes de ejército alemanes. Su nombre está ya grabado con caracteres de oro en las hojas de la historia militar. En su discurso de aquel día, sin embargo, parece indicar con la mano extendida al jefe de su Estado Mayor, Ludendorff, cual si quisiera descargarse en él de una parte de su gloria.

Y no sin razón. Bien conocidas son las geniales facultades de Ludendorff, para que tenga aquí que repetirlas. De él se cuenta en los corrillos, que es el único y verdadero centro de la estrategia hindenburgiana. Sea o no así, el hecho no puede sorprender de que se haga resaltar alternativamente a Hindenburg y a Ludendorff: ¡los papeles del jefe de ejército y del jefe de Estado Mayor están tan unidos entre sí! — ¿Qué es, pues, el jefe de Estado Mayor?, es la pregunta que se asoma a los labios. La respuesta es tan poco conocida que no estarían por demás algunas palabras a este respecto.

El jefe de Estado Mayor no es ningún título de creación antigua. Los viejos comandantes de ejércitos eran jefes únicos sobre sus masas, todas las decisiones y órdenes salían de ellos mismos, como que las dimensiones reducidas de sus fuerzas armadas, que caían, por decirlo así, totalmente bajo sus ojos, les permitían tener presentes en cada momento los

aspectos cambiantes de la lucha. Federico el Grande no conoció sino su voluntad en la decisión y el mando. Napoleón mismo cuando llevaba a su lado al Mariscal Berthier lo usaba tan sólo como un ayudante, no como un consejero iniciado en los planes de su señor. Moltke es a quien cabe la gloria de haber dado vida al puesto de jefe de Estado Mayor. En los largos años que lo desempeñó, le dió una importancia comparable tan sólo a sus condiciones personales. En la concepción de Moltke — que es la aceptada en todos los ejércitos — es el jefe del Estado Mayor a la vez un consejero del Comandante y un ejecutor de su voluntad. Conociendo los aspectos diversos de los acontecimientos en todo el campo de la guerra, que prepara y ordena todo un cuerpo de oficiales de Estado Mayor bajo sus órdenes, está en condiciones de formarse una idea general y deducir de ella el plan por seguir. Los datos reunidos y sus consecuencias según su manera de pensar los comunica al Comandante. Este, decide. El jefe del Estado Mayor tiene que cumplirlo, aun cuando se oponga a su propia concepción, y obrar en consecuencia como si fuera cosa propia. Para esto se necesita un carácter a la vez independiente y poderoso. Y, más que las condiciones de inteligencia — en sí deseables siempre — debe ser móvil de su elección la confianza que en él deposite el Comandante a cuyo lado trabaja.

Sustituyendo a los consejos de guerra, tan lentos, tan propios para la confusión del Comandante de un ejército, es el jefe de Estado Mayor una creación de primer orden en el arte militar. Más le sirve al generalísimo una mano fuerte y robusta, consecuente a su lado, que cuarenta consejos opuestos o divergentes que llevan el aspecto de un fundamento sano, pero que roban a la acción la unidad, condición suprema de la victoria.

J. C. G.

## CRÓNICA MILITAR

I. La situación en Salónica. — II. El futuro desarrollo de la guerra. — III. La batalla de Verdun. — IV. Las operaciones en Rusia. — V. La situación el 26 de junio

### I. — La situación en Salónica

Apenas decretada la desmovilización del ejército griego, la prensa inglesa ha declarado que los aliados se proponen en Salónica una finalidad política y no un objetivo militar. Inerme Grecia, y sabiendo cuanto ambicionaban los búlgaros la posesión de aquel importante puerto, fácil es sospechar que la estancia de los aliados en Salónica mira más a lo porvenir que al presente: es el único obstáculo real que se opone a que se haga permanente el acuerdo germano-búlgaro-turco y se realicen las aspiraciones alemanas en el Asia occidental. Mientras Francia e Inglaterra tengan tropas en los Balkanes, será menester contar con ambas naciones para resolver la llamada cuestión de Oriente, y no será Alemania, con su aliada Austria-Hungría, la que imponga sin restricciones ni dificultades su opinión.

Que ese objetivo prepondera sobre el militar, lo

está proclamando la actitud pasiva del general Sarrail hace siete meses. Los alemanes, que necesitan sus tropas en otra parte, no sienten prisas por llegar a las manos. Los búlgaros, más directamente interesados, esperan que sea un hecho la derrota de los aliados en los demás teatros, para caer entonces sobre Salónica y apoderarse de ella sin extremar los sacrificios. Entre tanto, un fuerte ejército anglo-francés, compuesto de tropas escogidas, permanece apartado de los teatros principales, sin intervenir en la guerra, ni ser útil en las operaciones militares, de cuyo resultado dependen, en definitiva, los objetivos políticos y diplomáticos.

Mientras los contingentes aliados, en especial los franceses, no sean de absoluta necesidad en otros teatros, no corren peligro las tropas de Sarrail. Las fuerzas, muy numerosas, de Egipto, podrían en último caso, reforzar a las de Salónica; pero la situación se haría extremadamente grave si la marcha



general de la guerra impusiera el reembarco total o parcial de aquel Ejército, porque no se llevaría a cabo con la facilidad del de Gallípoli. Puede tenerse por seguro que esta eventualidad ha sido la primera que se ha tomado en cuenta por el comandante en jefe. La extensión de las líneas alrededor de Salónica obedece, más que a un propósito agresivo, a cubrir la evacuación, siempre posible, y que sólo podría hacerse en buenas condiciones conteniendo a distancia al enemigo, aunque para ello fuera menester sacrificar una parte de las tropas. La ocupación de islas griegas responde principalmente a este temor. Una vez descartado el peligro griego, el general queda limitado al frente de tierra.

A los alemanes les conviene, como dije desde el primer día, retener en Salónica numerosas fuerzas, que son otros enemigos menos en los demás frentes; y los búlgaros, que cuentan con la derrota general de los aliados para resolver el problema de la Macedonia, tampoco tienen motivos para mostrarse demasiado impacientes.

Cabe ya, por consiguiente, dudar de grave error militar de los aliados la expedición a Salónica. Sólo un medio tienen de atenuarlo: arrojar a los serbios, supuesto reconstituído este Ejército, contra los búlgaros, para que, sin desgaste de las fuerzas propias, se quebranten las del adversario. Si además de los serbios se tiene a mano tropas coloniales, la empresa tendrá visos de posibilidad, aunque no se le dará el alcance de reconquista. Otra clase de operaciones en aquel sector no es de esperar, de modo que Salónica, a pesar de las noticias que de allí llegan sobre grandes preparativos de ofensiva, no parece que haya de ocupar la atención de los neutrales, y su importancia, mientras dure la guerra, continuará siendo secundaria.

## II.—El futuro desarrollo de la guerra

De las grandes naciones beligerantes, Francia es la que cuenta con menos reservas de hombres. Sus sacrificios han sido menores que los de Rusia, y posiblemente también inferiores a los de Alemania y Austria-Hungría, pero, en compensación, su población masculina era mucho menor. Francia aparte, no es posible dudar que Rusia e Inglaterra, en primer término, y Alemania, Italia y Austria, después, poseen fuertes reservas y que, en caso de necesidad, podrían llevar una masa de casi un millón de nuevos combatientes al punto amenazado. Pero la guerra fluctúa, se desenvuelve más o menos lánguidamente, y ninguna de las naciones, excepción hecha de Rusia, se decide a intentar el esfuerzo supremo; no es que faltan medios, sino que se considera necesario un fuerte margen de reservas en previsión de que la guerra se prolongue mucho.

La experiencia ha tornado previsores aún a los más audaces. Si los acontecimientos guerreros que estamos presenciando en 1916 hubieran tenido lugar en 1915, de muy otra manera se hubieran desarrollado. A la ofensiva de los alemanes contra Verdun respondiera un vigoroso ataque de los ingleses en Flandes; las victorias de los rusos en Volinia hubiesen impelido instantáneamente a los alemanes al asalto en el frente del Duina. Sólo los rusos, pletóricos de sangre, la prodigan; los demás procuran conservar las fuerzas que les serán necesarias en la

fase final de la guerra. Mas, si todos se inspiran en el mismo pensamiento ¿no se engañarán todos?

A igualdad de métodos y de conducta, el que menos hombres tiene será el primero en agotarse. El peligro más grave es el de Francia; Italia y Austria están equilibradas; viene luego Alemania; y poco han de temer en este concepto Rusia e Inglaterra. Luego, es natural y juicioso que los aliados procuren el agotamiento en hombres de Alemania, mientras que los imperiales apunten con preferencia a Francia. En este duelo singular, al que el tiempo puede aportar factores imprevistos, la peor parte correspondería a los Imperios centrales; de aquí que éstos se esfuercen en substituir el elemento hombre por el elemento mecánico, para compensar su inferioridad.

Siendo Francia el beligerante más debilitado y al mismo tiempo el más temible y mejor organizado de los aliados, existe la posibilidad, primero, de ponerlo fuera de combate y, segundo, de que su derrota precipite el fin de la guerra en los demás frentes. Para destruir el poderío militar de Francia, los alemanes han encontrado el laminador de Verdun, como dije en otra *Crónica*, laminador constituido por su potente artillería gruesa; todo el ejército francés va sometándose sucesivamente a la aplastante presión mecánica de los alemanes, y, si rusos, ingleses e italianos no lo remedian, habrá de llegar más o menos pronto un momento en que Francia se quede sin sangre. Vencida Francia, la guerra estará decidida. Lanzando sus grandes reservas en los campos de batalla del teatro occidental, pudieron los alemanes haber obtenido la victoria sobre los franceses, pero a costa de tantos sacrificios que luego acaso no pudieran contener el ímpetu de los rusos y la tenacidad de los ingleses. El irreflexivo entusiasmo de los franceses creó la sorprendente situación de Verdun, y los germanos se apresuraron a aprovecharla en su ventaja.

Supuesta conseguida la derrota de Francia, resurgiría la guerra de maniobra en el O., contra los ingleses, campaña que sería de corta duración, y se dejaría para el final el encuentro con los rusos, riñéndose los últimos combates en los campos mismos regados ahora con la sangre de las tropas del general Brusilov. Este es el cuadro, según lo ven los alemanes y puede atisbarse por lo que los hechos nos están enseñando. Con preferencia a todo hay que destruir el nervio de la guerra, Francia, comprando la victoria con un mínimo de vidas humanas.

Pero Inglaterra está tanto o más interesada que Francia en que ésta no sea vencida, y además presencia de cerca los acontecimientos, conoce el pulso de su aliada y sabe hasta qué punto puede Francia continuar recibiendo los más fuertes golpes. Y como el fin de Francia supondría la derrota del ejército británico, en plazo breve, debe rechazarse el pensamiento de que Inglaterra permanecerá cruzada de brazos hasta el final. El buen sentido dice que cuando Francia llegue a la fase crítica, de la que pueda brotar su rápido derrumbamiento, el ejército inglés, olvidando su arraigada pasividad, tomará la ofensiva a fondo, pase lo que pase. La señal vendrá de Verdun, en donde se esconde el secreto de la decisión de la guerra.



La situación que se ha creado en Verdun hace cuatro meses no puede prolongarse indefinidamente, ni siquiera hasta el otoño; o el concepto que tenemos formado es completamente falso, o antes de septiembre será menester tomar grandes resoluciones. Si este juicio se confirma, los sucesos se producirán con extraordinaria rapidez, se precipitarán los acontecimientos y no será ya posible que aliados e imperiales reserven sus fuerzas y se obstinen en aplazar el choque decisivo.

No siendo capaz Italia de modificar este proceso, y aguardando Inglaterra el momento psicológico para intervenir, sólo Rusia se encuentra en estado de torcer la marcha de la guerra. Su invasión primera de la Prusia oriental puso término, en el Marne, al arrollador avance de los alemanes en el O.; ¿repetirá la maniobra? Las circunstancias no le son tan propicias, porque antes de volver a pisar sus fronteras los imperiales tienen vastísimos territorios enemigos en que luchar y defenderse. Pueden retirarse poco a poco, maniobrar, contener parcialmente a los rusos, sin que les importe demasiado ceder las provincias conquistadas, porque si Francia cayera, arrastrando consigo la fuerza militar de Inglaterra, el vencimiento, esta vez definitivo, de Rusia, no sería dudoso.

Se colige de lo expuesto, que el carácter y la extensión de la guerra puede cambiar en la ocasión más inesperada, y que debemos esperar que el verano de 1916 sea tan fecundo como el de 1915 en hechos de resonancia. Sobre todo en el O., los dos adversarios se preparan para cuando la situación de Verdun sea insostenible. Cuanto más se prolongue el período preliminar, tanto más intenso y rápido será el que le suceda. El telón de Verdun oculta el acto más sangriento, acaso, de este inacabable drama, que forzosamente ha de acabar.

Una fuerte reacción ofensiva de los franceses o el convencimiento, en los alemanes, de la inutilidad de su empuje contra Verdun, cambiaría el sesgo de las cosas. Pero después de cuatro meses de incesante lucha, no es admisible que cada adversario no conozca bien sus propias energías y las del rival. Puesto que el sitiador no afloja la presión, ni el sitiado consigue detener el lento avance de los alemanes, ha de inferirse que éstos cuentan con medios para proseguir las operaciones hasta su lógico final y que los franceses no disponen de las tropas necesarias para una contraofensiva victoriosa. Lo que allí sucede está por encima de la voluntad del mando francés, que de seguro hubiera evacuado la fortaleza y llevado más atrás las líneas, si sobre él no pesara la opinión y el deseo de su pueblo, que ha hecho de Verdun el baluarte supremo de la resistencia francesa.

Estos son, en los presentes instantes, los puntos de vista que, según se desprende de lo ocurrido hasta aquí, sostienen los dos grupos de beligerantes. Como desde septiembre de 1914 la iniciativa de los imperiales se ha manifestado libremente, sin que hayan sido parte a modificarla los contragolpes de sus adversarios, el cuadro anterior tiene grandes probabilidades de trocarse en realidad, aunque conviene repetir que nada puede vaticinarse en la guerra.

Arrebatada la iniciativa estratégica a los italianos; sometida la voluntad francesa a la de su adversario; y no corriendo peligro las fronteras orientales de

Alemania, se acercan para Inglaterra días críticos, de viriles resoluciones que precipiten a la derrota o deparen la victoria; entonces se verá si los preparativos y la organización británicos son tan eficientes como se les proclama o si subsisten los defectos de la improvisación.

### III.—La batalla de Verdun

La caída del fuerte de Vaux señala el principio de la segunda fase de la batalla de Verdun. Desde que, a últimos de febrero, el fuerte de Douaumont fué ocupado por los alemanes, pugnaban éstos por ensanchar su frente avanzado, para ponerse en condiciones de atacar las demás obras de defensa por su conocido método de envolvimiento, lo que exigía el despliegue de una formidable masa de artillería alrededor de cada obra. El fuerte de Vaux, apoyado por los de Belleville, Souville y Tavannes y varias baterías intermedias, era la avanzada que impedía llegar a la línea principal. Entre ese fuerte y el Mosa, y a una cota de 345 metros (la del fuerte de Vaux es de 349) se alza la Côte de Froi-de-Terre, donde los franceses habían construido un conjunto de obras blindadas, muy fuertes, constituyéndole en el punto de apoyo más sólido contra un ataque procedente del N., una vez caído el fuerte de Douaumont. Tan importante es para los franceses la posesión de la Froi-de-Terre, que a vanguardia de ella, en la granja de Thiaumont (cota 310) y en la altura 320, habían multiplicado las organizaciones defensivas. Puede decirse que desde el día siguiente a la toma del fuerte de Douaumont se estaba luchando por la posesión de la granja de Thiaumont, de la que no pudieron ser desalojados los franceses por la protección que les prestaba el fuego de flanco de las posiciones de E. y O. Todo el mes de marzo, y los de abril y mayo, transcurrieron en combates más o menos violentos en la granja de Thiaumont y el bosque de la Caillette, hasta que la pérdida del fuerte de Vaux dejó al descubierto el flanco derecho de ambas posiciones, y contra ellas acaban de avanzar en vigoroso empuje los alemanes, apoderándose de la cota 320 y de la mayor parte del pueblo de Fleury. Como es natural, este avance ha ido acompañado por otro correspondiente en los bosques al O. del fuerte de Vaux.

La conquista de la organización defensiva de Thiaumont, que en realidad comprendía las obras de la cota 320 y del N. de Fleury, es de una importancia extraordinaria, porque, si se consolida, va a permitir el ataque de la loma de Froi-de-Terre, que una vez perdida por los franceses, marcaría el comienzo de la última fase del sitio.

Los fuertes, y al decir fuertes ha de entenderse también las posiciones de Douaumont, Vaux, Belleville y Froi-de-Terre, están organizados principalmente contra un ataque que desemboque desde el N., mientras que el grupo de Souville, Tavannes y baterías atienden especialmente a un peligro procedente del E.; son, pues, menos eficaces, dada la dirección en que se ejecuta el ataque alemán, y su expugnación será más breve que la de las obras de Douaumont, Vaux y Froi-de-Terre. Otra consideración conduce a la misma consecuencia: a medida que se va ensanchando el frente de ataque con la ocupación de los puntos de apoyo avanzados, se re-



duce el área en que pueden tenerse abrigadas las reservas francesas, y aumenta el sector de despliegue de la artillería alemana, permitiendo al atacante obtener el rendimiento máximo de su superioridad en los calibres grandes.

Por este motivo, la última fase de la batalla ha de ser de desenlace relativamente rápido. Un nuevo éxito del ofensor, y le faltará terreno al sitiado para mover sus tropas y desplegarlas, a menos que las mantenga tan cerca de la línea de fuego que las exponga a la destrucción por el fuego de los cañones alemanes.

En la presente fase, el eje está en la Cote de Froide-Terre. Si cae en manos de los alemanes, el grupo de obras que hay al S. del fuerte de Vaux sucumbirá sin larga resistencia, y la batalla estará decidida. Avanzando en dirección a Fleury, los alemanes intentan, en la forma, la ruptura del actual frente francés, pero en el fondo su maniobra representa el envolvimiento de los fuertes del E. y la obtención del camino más corto a Verdun.

La situación de Verdun, siempre grave, se ha hecho crítica. El peligro que asoma es aún peor que el laminado a que estaba sometido el ejército francés por la presión de la artillería alemana, toda vez que en el momento de retroceder el ejército que pelea en la orilla derecha del Mosa se presentará al atacante una excelente oportunidad para efectuar un gran golpe ofensivo en la orilla izquierda.

El medio mejor a todas luces de evitar esas eventualidades sería contraatacar al sitiador y detener definitivamente su empuje. La experiencia de cuatro meses ha demostrado que los franceses, por unos u otros motivos, no se encuentran en condiciones de asumir una contraofensiva provechosa, de donde ha surgido la idea de acudir a otro plan, que no puede ser más que el de emprender un ataque en otro punto del frente, en combinación, si es posible, con el ejército británico. El pensamiento, aunque es innegable que puede dar buen resultado, es tardío, porque la posición de los alemanes ante Verdun se ha consolidado de tal modo en las últimas semanas, que sólo un retroceso de todo el frente de batalla conseguiría debilitarla.

He de repetir que en marzo debieron de adoptar los franceses la gran decisión de evacuar Verdun o empeñar allí todas sus tropas disponibles. Ahora es tarde, porque Verdun se ha trocado en el corazón de Francia, y los mismos franceses han ligado impremeditadamente la suerte de esta plaza a la suerte de la guerra. Si cae Verdun, no será una gran fortaleza lo que perderá el defensor, sino algo más: una batalla en la que lucha lo mejor y más numeroso de sus tropas.

Si bien en la orilla derecha del Mosa se están desarrollando los acontecimientos más importantes, no deben dejarse en silencio los de la margen opuesta. Aunque no lo han declarado los franceses, está fuera de duda que la famosa altura del Mort Homme se encuentra hace mucho tiempo en poder de los alemanes; los diagramas que se publican en Francia asignan la altura al sector alemán. Del mismo modo, la importante altura 304 ha sido envuelta, y la escasa porción de ella que ocupan los franceses no se halla en estado de detener los progresos del atacante, que de un momento a otro puede diri-

gir su acción contra las obras permanentes. De este modo, también en la orilla izquierda se ha restado espacio al ejército defensor de maniobra y se favorece el tiro de concentración de la artillería alemana. No porque en esta región la lucha sea menos viva ha de concluirse que tendrá escasa participación en los combates del último período, sino al contrario.

En resumen, podría decirse que se está enrareciendo a toda prisa la atmósfera que rodea al ejército del general Petain, y que se aproxima la decisión; con ella habrán de coincidir, o la precederán, terribles batallas que podrían muy bien provocar el término de la guerra.

#### IV.—Las operaciones en Rusia

La trascendencia del éxito ruso en Volinia, Galizia y Bukovina no ha correspondido a lo que declaraban los partes oficiales, tales como los han dado a conocer los periódicos franceses e ingleses. Lo positivo es que el centro, guarnecido por el ejército austro-alemán del general conde Bothmer, se ha mantenido inquebrantable, rechazando todos los ataques y conservando todas sus posiciones; que el ala izquierda, en Volinia, se ha replegado, evacuando a Luzk y Dubno; que el ala derecha, en Galizia, línea del Strypa, ha cedido ligeramente, y que la extrema derecha ha perdido la parte N. E. de la Bukovina, con la capital, Czernovitz, retirándose hacia los Cárpatos, pero sin perder el enlace con el resto de la línea.

No ha habido, pues, en realidad, ruptura del frente en ningún punto, pese a lo manifestado en los partes rusos, sino flexión más o menos acentuada de la línea en algunos puntos.

Desde Kolki al N., las tropas alemanas de Polisia permanecen en sus antiguas posiciones. Ciertamente, al avanzar los rusos en las direcciones del Vladimir-Volinsky y Kovel, la derecha alemana, en Kolki y Czartorisk, hubiera quedado al descubierto en caso de haber sido roto el frente y separados los austriacos de los alemanes; pero como no ha ocurrido esto, los alemanes no han tenido necesidad de modificar su línea, sino que, apoyándose en ella, han empeñado un ejército de socorro, al mando del general Linsingen, que contraataca, hasta ahora con éxito, a los rusos de la región de Luzk.

Que la situación no fué estimada peligrosa en ningún momento por el alto mando de los imperiales, lo demuestra el hecho de haber permanecido en sus posiciones el centro, general Bothmer en el sector de Novo-Alexinetz, a pesar de que el enemigo le desbordaba por el N., y bastante menos por el Sur, amenazándole con un doble envolvimiento. Esta firmeza del centro es, a su vez, un grave contratiempo para la derecha rusa, toda vez que si el contraataque emprendido por Linsingen sigue desenvolviéndose con felicidad, el ejército moskovita que lucha en Volinia resultará envuelto en los dos flancos.

Es imposible que esta ventaja se oculte al mando alemán. Si creyera que la derrota de Brusilov pudiera acercar el fin de la guerra, no titubearía en aprovecharse de la falsa posición en que se encuentra la derecha rusa, para destrozarla; bastaría para ello reforzar con algunas divisiones el ejército de Bothmer, poniéndole en condiciones de pasar a la ofensiva. Pero el interés de la guerra no hay que irlo a buscar ahora en el E. de Europa, ni tampoco



está en Volinia la fibra más delicada del Imperio ruso. Lo probable es que a los imperiales les baste el restablecer, más o menos pronto, el conjunto de su línea en el S., sin preocuparse de ganar más terreno ni de si los rusos lo ocupan por su parte. Todo esto sería puramente episódico, hoy por hoy, y no influiría en el resultado de la guerra. Los críticos ingleses han sido los primeros en reconocer esta verdad. Por eso, si los alemanes consideraran conveniente una acción en el teatro oriental, la ejecutarían en el Duina con preferencia al Styr, porque de esta manera conseguirían, además, descongestionar de tropas rusas la Volinia y se allanaría la misión de Linsingen.

Es verdad que el general von Hindenburg despliega más actividad en el frente del Duina, hace dos o tres días; pero no parece que se trate de una maniobra seria, porque aquel caudillo nos tiene acostumbrados a métodos más rápidos y audaces, y los partes alemanes se redactan de otro modo cuando se trata de una operación de importancia.

Confirmada la composición del ejército austro-húngaro de Volinia y Galizia con unidades de reserva y territorial en mayoría, y declarado por los rusos que en las tropas de Corcesilov predominaban los elementos jóvenes, estas batallas, si no producen otras consecuencias que las ya obtenidas, podrían muy bien resultar a la larga funestas para el atacante, cuyo mejor ejército ha sido quebrantado gravemente en un choque contra cuerpos de segunda línea. Es público también que las municiones y el material de guerra prevenido para el choque provenía en solo su tercera parte de la fabricación nacional, y en las otras dos de la japonesa y británica. De aquí se colige el grande esfuerzo que ha tenido que hacer Rusia, la larga preparación que ha exigido su última ofensiva, y lo difícil que ha de serle a dicho Imperio menudear esas operaciones. Aunque sea prematuro el sentar consecuencias, he de insistir en que los elementos que tan trabajosamente ha reunido Rusia para ejecutar este golpe, hubieran tenido mejor aplicación reservándolos para cuando el momento de las acciones decisivas. No es extraño, según esto, que se haya relacionado el ataque ruso con la situación económica deplorable del Imperio y con la misión que llevaba a Petrogrado el general Kitchener. Si examinamos en rápida ojeada el desenvolvimiento de la ofensiva rusa, observaremos una estrategia tan incipiente como en otras maniobras anteriores. Un ejército numeroso, aplastante por su superioridad material, ataca con intensidad casi uniforme en todos los puntos del frente; cede el enemigo en unos lugares más que en otros, y el vencedor avanza, sin que al parecer tenga otro propósito que el ganar terreno. En estas condiciones, a los pocos días las necesidades del abastecimiento imponen una pausa en la marcha, y se da ocasión a que el adversario reorganice su formación y comience la contraofensiva.

No se advierte una maniobra ni una finalidad estratégica definida; sólo hay el efecto de choque y la ganancia de terreno que se deriva de la victoria táctica; Koval estaría en poder de Brusilov desde el día 15, si en las operaciones hubiera presidido una idea genial y si las unidades ejecutantes estuvieran capacitadas para algo más que el fin táctico.

En la conquista de Czernovitz aparece un principio de maniobra, pero tan pálido y desdibujado, que los austriacos tienen tiempo de evacuar la población, salvar el material de guerra y ponerse fuera del alcance del vencedor. Temible ejército el ruso en la batalla, su eficiencia queda muy aminorada cuando se entra en el campo de la estrategia; a ello contribuyó poderosamente el desastre de las armas rusas en 1915, que le restó los mejores elementos; el ejército actual tiene mucho de improvisado y se encuentra en un caso parecido al inglés, valeroso y excelente en el campo de batalla, pero poco dúctil y mal preparado para operaciones de medianos vuelos. A un soldado se le instruye elementalmente en seis meses, mientras que se necesitan tres años para convertirle en un auxiliar eficaz del mando; de la misma manera, la preparación guerrera de este mando, en parte hija de la tradición, exige muchos años de labor constante para que sea efectiva; es materia en la que no caben improvisaciones.

#### V.—La situación el 26 de junio

En los combates de Thiaumont, al N. E. de Verdun, los alemanes han hecho 2.700 prisioneros. Como siempre, el último éxito alemán ha sido seguido por un período de violento bombardeo, necesario para preparar ulteriores ataques. En el frente inglés sólo ha habido cañoneos, guerra de minas y escaramuzas.

Los italianos han conseguido avanzar algo en el sector del Tirol, replegándose ligeramente la línea austriaca, que se conserva, sin embargo, en situación de desembocar por Arsiero-Asiago. La suspensión de la ofensiva austriaca se debe al envío de refuerzos al frente ruso o a la llegada de numerosas tropas de retresco italianas, siendo lo más probable esto último. En el resto de este teatro de operaciones no ha ocurrido ningún combate de importancia.

Está contenido el avance ruso en el Styr y el Strypa. Al N. y N. O. de Lutsk es el ejército alemán de von Linsingen el que gana terreno; en los encuentros habidos en este sector, desde el 16 al 25 de junio, han perdido los rusos más de 11.000 prisioneros, dos cañones y 54 ametralladoras. Si las noticias de la prensa aliada son exactas, están en marcha hacia Rusia algunas divisiones alemanas.

En la Bukovina, los rusos avanzan hacia el S., observándose ya los comienzos de una contraofensiva austriaca encaminada a detener al invasor. En la región del Duina ha aumentado algo la actividad, sin llegarse empero a trabarse una batalla.

Se acentúa la ofensiva turca en Armenia; los rusos han retrocedido en algunos puntos, aunque la situación general no se ha modificado.

Nada hay que decir de los demás teatros, salvo que los búlgaros se han internado un poco más en el valle del Struma, y que ha tenido lugar un combate, desventajoso para los italianos, entre éstos y los austriacos, al N. de Vallona.

Las operaciones anglo-portuguesas en el Africa oriental alemana se desarrollan lentamente, pero con éxito; el defensor, más que cifrar la resistencia en la acción de las armas, aprovecha lo montuoso de la región N. O. para entorpecer y desconcertar los progresos de las tropas británicas.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

27 de junio de 1916.

Derechos reservados